

Introducción

Objetivos y método

Cuando Occidente, en la más profunda y firme revolución de las últimas décadas, se replantea las relaciones de género, nos proponemos reunir y analizar los incontables símbolos e imágenes de la mujer y el hombre tradicionales, en especial los presentes en la concepción del sexo, en los ritos matrimoniales y en determinados mitos y creencias religiosas. No pretendemos escribir una historia de las ideas y los valores sobre el sexo, el matrimonio y el género. En absoluto. Recogemos, sí, algunos datos significativos sobre esas ideas y valores para centrar nuestra atención en cómo son transmitidos por medio de imágenes y símbolos, y también por medio de creencias, cuentos, supuestas supersticiones y personajes míticos con indudable componente simbólico.

Intentaremos mostrar que las imágenes y los símbolos de la mujer y el hombre no son detalles más o menos curiosos y abstrusos, sino que conforman un lenguaje de incuestionable eficacia. Y, en contra de la férrea opinión impuesta por los ilustrados, descubriremos que muchas creencias y algunos seres míticos, como la sirena, las melusinas y el hombre lobo, no se deben a la ignorancia ni a la mentalidad «mágica» de los hombres antiguos y los campesinos y los iletrados de hoy en día. Son creaciones culturales pensadas hasta el más mínimo detalle para inculcar una determinada concepción de la vida y las relaciones entre mujeres y hombres. Por supuesto, hoy cabe discrepar de los principios defendidos por la sociedad tradicional, pero no cabe dudar por más tiempo de la capacidad y la madurez mentales de sus miembros. En este sentido, la presente investigación aspira a contribuir a mitigar el etnocentrismo severo que padece Occidente desde el siglo de las luces.

Estudiamos las imágenes, los símbolos y las creencias sobre sexo, matrimonio y género en la sociedad tradicional europea, que se formó en la Edad Media con elementos de procedencia diversa, entre los que destacan los heredados de Israel, Grecia y Roma. Se mantuvo durante siglos, aunque la Reforma impuso en algunos países cambios decisivos. La Ilustración la miró con desprecio, por lo que fue perdiendo terreno entre la población letrada y urbana, pero se mantuvo viva en el mundo rural hasta el siglo xx en la llamada «cultura popular», y alienta todavía en amplias capas de las modernas ciudades. Los símbolos y las creencias analizados son símbolos y creencias de larga duración. Rastreamos sus raíces en la Biblia y en el paganismo clásico, seguimos su pista a lo largo de los siglos y rematamos con testimonios de su pervivencia entre los campesinos.

En la procura de datos y significados, recurrimos a variadas fuentes, que, por lo general, se ignoran entre sí e incluso a veces se miran con recelo: históricas, teológicas, artísticas, literarias, folclóricas y etnográficas. Rompemos, pues, con las parcelas académicas y reunimos a distintas disciplinas para que colaboren en un objetivo común. Al estilo de los antropólogos, cedemos la palabra a los informantes, que elegimos entre los más destacados sabios, filósofos, escritores y teólogos de distintas épocas a fin de mostrar la permanencia, y, en su caso, variación, de los motivos simbólicos estudiados. Para no repetir una y otra vez el siglo en que vivieron, lo indicamos en la bibliografía.

Los símbolos

En todas las sociedades, existe un lenguaje simbólico más o menos elaborado. En la cultura europea tradicional, alcanza un desarrollo impresionante, pues la Edad Media tuvo auténtica pasión por los símbolos. Luego, poco a poco, muchos fueron arrinconados. En la actualidad, perdidas las claves, conforman una especie de lengua muerta, que no se descifrará con destellos de imaginación, sino con una pesquisa rigurosa y sufrida.

El hombre moderno, por desconocimiento del lenguaje simbólico utilizado en la Antigüedad y la Edad Media, supone que nunca hubo conciencia del significado de los símbolos y de la relación que une al significante con el significado. Pero los autores medievales lo desmienten. Sirva de ejemplo una cita del Beato de Liébana sobre el escorpión y los traidores: «El escorpión palpa con la boca y con la cola pica; del mismo modo estos lisonjean a algunos con la boca y les golpean a traición».

Nos vale la definición de símbolo que ofrece el *Diccionario de la Real Academia* en su decimonovena edición: «Imagen, figura o divisa con que materialmente o de palabra se representa un concepto, por alguna semejanza o correspondencia que el entendimiento percibe entre este concepto y aquella imagen».

PROPIEDADES DE LOS SÍMBOLOS

Polivalencia, encadenamiento lógico, polisemia, economía y objetivación son algunas de las propiedades de los símbolos.

Polivalencia. Teniendo en cuenta que un mismo significante simboliza a menudo cosas opuestas, en muchos casos ligadas al bien y al mal, se ha convertido en un tópico hablar de la ambivalencia de los símbolos. Sin embargo, no todos los símbolos son ambivalentes. Sucede que existen significantes que poseen al mismo tiempo unas características naturales asociables con el bien y otras asociables con el mal. Pero también los hay que —menos ricos en posibilidades simbólicas— están dotados de características solo positivas o solo malélicas. Y otros cuentan con múltiples potencialidades simbólicas. Todo depende de las características naturales de cada significante. En realidad, los sig-

nificantes, como muchos átomos, son polivalentes. El número de sus valencias depende de sus propiedades naturales.

Gran parte de la aparente oscuridad de los símbolos se desvanece al localizar la verdadera unidad de significado, que no está formada por el significante sin más, sino por el significante y una de sus características. Así, por ejemplo, incita a error decir que el águila o el león, significantes ambiguos, sirven de símbolo a Cristo y al diablo. San Agustín nos explica que, en efecto, el león simboliza a Cristo y al demonio, pero basándose en características naturales diferentes: «A Nuestro Señor Jesucristo se le llama, a la vez, león y cordero: león por la fortaleza y cordero por su inocencia; león en cuanto invicto, y cordero en cuanto manso. Y este cordero degollado venció con su muerte al león que busca a quien devorar. También al diablo se le llama león por su ferocidad, no por su valor». Así pues, el león, en su faceta de animal valiente, representa a Cristo, y en su faceta de animal predador, representa al diablo. Pero el león, además de esas dos características, posee otras muchas, que dan pie a múltiples usos simbólicos. La auténtica unidad significativa de los símbolos la forman el animal y una característica concreta. El león no significa nada; el león-valiente, sí; el león-predador, también, y el león-que-ruge, el león-que-no-duerme, etcétera. Como dice Sebastián de Covarrubias después de comentar los diversos significados del águila, «una misma cosa en diversas consideraciones tiene diversos y contrarios sentidos».¹

La común y repetida elección de los animales como significantes se funda, sin duda, en que sus variados comportamientos instintivos sirven de imagen a los comportamientos éticos y sociales de los hombres. En palabras del sabio Aristóteles: «En términos generales, en los comportamientos vitales de los otros animales se pueden observar infinidad de imitaciones que hacen de la vida humana».²

Encadenamiento lógico. Algunas unidades significativas —formadas, repito, por un significante más una característica natural— parten de un primer significado y luego generan, por encadenamiento lógico, nuevos significados a otros niveles. El primer significado se convierte en significante de un nuevo contenido simbólico, que, a su vez, ejerce de significante. Las cadenas surgidas por este proceso alcanzan desarrollos variables.

El uso simbólico de la concha arranca de su semejanza con el sexo de la mujer, que ya tomaron en consideración los hombres de la Prehistoria. Como ha subrayado Leroi-Gourham, los artistas paleolíticos alternan los dibujos realistas de la vulva con representaciones de conchas. En época romana, la palabra latina *pecten* o ‘concha de peregrino’ era uno de los nombres de los genitales femeninos. El mismo significado mantiene en el habla popular de Hispanoamérica la palabra *concha*. Con las conchas en las que penetra un hombre o un macho cabrío, un asno, un gallo o un ciervo —animales con fama de lujuriosos—, el Bosco quiso representar, con toda probabilidad, la fornicación. Conchas marinas —escribe Mircea Eliade— figuran por todas partes como emblemas del amor y el matrimonio. También del nacimiento, puesto que por una concha salimos a la vida.

¹ Sebastián de Covarrubias: «Águila», en *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Turner, 1979, p. 56.

² Aristóteles: *Historia de los animales*, Madrid: Akal, 1990, ix, 7 (612b), p. 692.

Venus, la diosa del sexo, surge, con toda lógica, de una concha y de la espuma —*semen*— que brotó de los genitales de Urano.

El siguiente paso lógico consiste en convertir las conchas, al igual que otros significantes de vida, en símbolo del nacimiento a la vida futura, en símbolo de resurrección. Este es el motivo de su empleo en los sarcófagos romanos y luego en los católicos hasta la época carolingia. En algunas parroquias gallegas, todavía hoy adornan las tumbas con conchas. Por último, la concha simboliza el renacimiento espiritual, como el que acontece en el bautismo y las peregrinaciones. De ahí las conchas para verter el agua sobre el bautizado y las pilas bautismales en forma de concha, y de ahí las conchas de los peregrinos tras purificarse en los santuarios de Santiago de Compostela y del Mont Saint-Michel.

Polisemia. En general, en un lugar y un momento histórico concreto de una sociedad determinada, las unidades significantes tienden —solo tienden— a unirse en relación exclusiva con un significado. En culturas distintas o en períodos históricos diferentes, los significados pueden variar. A esta propiedad la denominaremos *polisemia*, que no ha de confundirse con la polivalencia. Esta es una propiedad de los significantes; aquella, de las unidades de significado.

La polisemia se deriva de la propia esencia del lenguaje simbólico, pues la asociación entre un determinado elemento material y un significado, si bien dista de ser arbitraria, tampoco es mecánica y fija. Sociedades distintas e incluso personas de una misma cultura o del mismo momento histórico pueden otorgar a un comportamiento animal, de acuerdo con sus valores y sus intereses, significados diferentes. El hecho mismo de que entre la unidad significativa y el significado exista siempre una interpretación obliga al estudioso de los símbolos a averiguar la exégesis nativa.

Economía. El lenguaje simbólico no se usa por extrañas razones místicas o esotéricas, sino por su eficacia. La imagen simbólica vale, como toda imagen, más que mil palabras. Entre personas que conocen la promiscuidad de las perras en celo, ¿no queda claro lo que se piensa de una mujer cuando se la llama «perra»? ¿No se expresa de una manera rotunda una cierta concepción del varón al llamarle «gallo» o «gallito», conociendo la poligamia del gallo y la arrogancia con que trata a las hembras?

Por eso, no todos los símbolos propuestos triunfan, como se comprueba leyendo autores medievales y renacentistas. Triunfan los más claros y los que mejor responden a las preocupaciones del pueblo y, en muchos casos, de sus dirigentes.

Pero el significado claro y directo de los símbolos no agota, ni mucho menos, su mensaje. Por el contrario, parte, quizá la más activa y eficaz, actúa en el subconsciente imprimiendo valores e ideologías con más fuerza que el raciocinio. Algo semejante a lo que sucede con ciertas terminologías del parentesco en las que un hombre emplea el mismo término para «prima cruzada» y para «esposa», de modo que crece inconscientemente condicionado para casar con una. Así, por ejemplo, al elegir la paloma para significar 'enamorada', se está valorando un tipo ideal de mujer que, como la paloma, se comporta con mansedumbre y permanece fiel a la pareja. Y cuando se usa como símbolo del adulterio al asno que copula con la yegua o la murena que copula —según se creía— con la víbora, se está equiparando el adulterio a un acto contra natura entre especies diferentes.

ÁMBITOS Y USOS

El lenguaje simbólico es aplicable a numerosos ámbitos de la cultura. Este libro muestra el amplio uso de símbolos relacionados con el amor, el sexo, el matrimonio y el género en la cultura occidental. Muchos más, sin duda, de lo que ningún europeo culto sospecharía. En los mitos y las creencias religiosas, los símbolos resultan casi imprescindibles. Los seres y las realidades sobrenaturales solo se pueden describir y entender por medio de imágenes simbólicas, que permiten salvar el desnivel entre el mundo natural y el de la fe. De ahí que el empobrecimiento del lenguaje simbólico y la secularización caminen parejos en la sociedad moderna.

Muchos símbolos religiosos no se quedan en simples imágenes. Mediante un proceso que podríamos denominar de objetivación, dejan de representar y «son». Y, entre los simples símbolos y los símbolos objetivados, existe un amplio abanico de estadios intermedios. Mientras que para una minoría docta ciertos símbolos sirven como meras imágenes, para la mayoría de los fieles actúan como símbolos objetivados. En el catolicismo tradicional, este fenómeno se constata una y otra vez. Así, el pueblo cree que en el cielo, ubicado en el cielo, los bienaventurados se deleitan con sonos armoniosos y aspiran aromas exquisitos, y que en el infierno, oculto bajo la tierra, arden los condenados. ¿Y qué proporción de católicos acostumbra a diferenciar entre la paloma y el espíritu santo?

Los símbolos admiten diversos usos, más o menos complejos. En primer lugar, está el símbolo aislado y simple. Por ejemplo, en el ritual del bautismo, la concha representa el nacimiento espiritual. Pero, en algunos casos, se sueldan diferentes símbolos o se engarza un símbolo, o varios, en un personaje. Así sucede con los seres híbridos y con los atributos de dioses y santos.

En los animales híbridos, cada componente aporta un aspecto. En el grifo, por ejemplo, el león representa la fortaleza, y el águila, la agudeza visual, de tal modo que resulta un animal a la vez fuerte y de potente visión, cualidades que lo convierten en un excelente guardián y vigilante. En los híbridos de ser humano y animal, este le comunica a la persona la cualidad que simboliza. Así, el caballo forma parte, junto al hombre, del centauro, para significar al varón de lascivia y violencia equinas.

En las metamorfosis, tan comunes en mitos, leyendas y cuentos maravillosos, la persona se transforma en el animal al que se asemeja en el comportamiento. En ciervo — animal fogoso en el amor y por ello símbolo del amante— se convierten los caballeros y las doncellas que experimentan un irresistible enamoramiento.

Cuando el símbolo sirve de atributo a dioses, santos, virtudes, vicios o cualidades, cabe distinguir dos variantes. En la primera, el atributo acompaña a la figura principal. Por ejemplo, las palomas que tiran del carro de Afrodita son atributo de la diosa del amor porque se dan besos y se arrullan. A veces, el atributo no concuerda con el personaje, pues representa un defecto vencido. Es el caso del unicornio: personificación del hombre libidinoso que, sin embargo, se rinde ante la virtud de una mujer virgen, acabó como atributo de la Castidad y de la Virgen María.

En la segunda variante, el atributo es una entidad menor —no como en los híbridos— que se incorpora a la figura principal. Por ejemplo, uno o más cuernos ostenta en la cabeza el diablo como signo de su poder.

Visión intercultural del género

Los seres humanos, excepto una minoría que nace con un «tercer sexo» —reconocido o no en las distintas culturas—, nacen machos y hembras, que difieren en los cromosomas X e Y. Los humanos somos más dimórficos que algunos primates, como los gibones, y menos que otros, como los gorilas y los orangutanes. Los machos humanos vencen a las hembras en el promedio de altura, peso y fuerza. Las hembras superan a los machos en longevidad y en capacidad de resistencia.

Conviene no confundir sexo, sexualidad y género. El sexo se refiere a la condición orgánica que distingue al macho de la hembra. La sexualidad se refiere a la conducta sexual, a lo que los seres humanos hacen con sus órganos sexuales. La conducta sexual, por lo menos en cierta medida, se aprende, por lo que varía mucho de una sociedad a otra. Y el género surge de la asignación cultural a los sexos de cualidades personales, roles y actividades de todo tipo, incluidas las sexuales.

Algunas culturas reconocen más de dos géneros. Diversos grupos indígenas norteamericanos aceptaban, además del masculino y el femenino, un tercer género, el de los berdaches, machos homosexuales que asumían los roles del género femenino compatibles con su condición biológica, y que disfrutaban de un estatus social específico reconocido por la sociedad. Otros ejemplos de tercer género admitido fueron los eunucos de Bizancio, la casta de los hijras en la India y los hermafroditas de varias culturas melanesias.

Margaret Mead demostró en *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas* que no se aplican siempre las mismas imágenes de masculino y femenino. Encontró en Papúa-Nueva Guinea sociedades con diferentes visiones de la personalidad de los hombres y las mujeres. Mientras que los hombres y las mujeres arapesh se comportaban con sensibilidad y delicadeza «femenina» —en términos de la cultura occidental—, las mujeres y los hombres mundugumor eran ambos agresivos.

En la mayoría de las sociedades, existe una desigual distribución de los recursos y las recompensas entre los géneros. Esa estratificación de género depende del tipo de economía, sistema político, filiación y residencia matrimonial. Las sociedades matrilineales y bilaterales tienden a tener una estratificación de género menos acusada que las patrilineales y patrilocales. También influye en el estatus de género el contraste entre la esfera personal o doméstica y la pública, que incluye el trabajo, la política, el comercio y la guerra. A mayor contraste, mayor desigualdad entre mujeres y hombres.

Se llama *patriarcado* al sistema político regido por hombres que relega a las mujeres a una posición inferior. Si bien no se conocen matriarcados, las mujeres ejercen un considerable poder y toman decisiones sobre asuntos importantes en muchas sociedades matrilineales. Entre los iroqueses, por ejemplo. Los hombres cazaban y pescaban, pero

eran las mujeres las que obtenían, de la horticultura, el grueso de la dieta. Monopolizaban la propiedad de la tierra, que heredaban de sus parientes femeninas, y controlaban la producción y la distribución de los alimentos. Las operaciones militares las organizaba un consejo de jefes varones, pero la sucesión en la jefatura seguía una línea matrilineal. Además, las matronas ejercían control sobre los jefes y podían recusarlos. Incluso las asistía el derecho a vetar declaraciones de guerra y a iniciar conversaciones de paz. En el ámbito religioso también compartían el poder, pues se reservaban para ellas la mitad de los cargos de especialista e intervenían en la selección de los restantes.

Las bandas de cazadores-recolectores se caracterizan por el igualitarismo, que abarca también las relaciones entre los sexos. Por lo general, las mujeres se encargan de la recolección, y los hombres de la caza y la pesca. Salvo en algunos casos, como entre los esquimales y los inuit, las plantas y los frutos recogidos proporcionan más alimentos que los animales de caza. Y la mujer disfruta de una situación equiparable a la del hombre. En esos casos excepcionales en los que la caza suministra la mayor parte de la dieta, el hombre, el cazador, se arroga un mayor prestigio.

En las sociedades de horticultores, en las que las mujeres llevan gran parte del peso de la producción de alimentos, su estatus depende en buena medida de las reglas de filiación y residencia, como mostraron M. Martin y B. Voorhies. En la mitad de las sociedades de horticultores, las mujeres realizan la mayor parte de la labranza; en un tercio de las sociedades, mujeres y hombres se reparten por igual el trabajo, y solo en un 17 % son los hombres los que se ocupan del cultivo de las tierras. El porcentaje de mujeres que asumen el papel principal en la horticultura es en las sociedades matrilineales algo mayor que en las patrilineales.

Entre los horticultores, la estratificación de género, en general reducida, depende de las reglas de filiación y residencia. La filiación matrilineal y la matrilocidad favorecen el estatus de la mujer, que tiende a elevarse. Esas reglas dispersan a los varones emparentados, en lugar de consolidarlos como grupo. Los sistemas matrilineales y matrilocales dominan en las sociedades con escasa presión sobre los recursos y con guerra poco frecuente.

En las sociedades matrilineales y matrilocales, aunque la autoridad oficial la desempeñen los hombres, gran parte del poder y la toma de decisiones corresponde a las mujeres de edad. La estratificación de género aumenta entre los horticultores patrilineales y patrilocales. Esa concentración en una localidad de los varones emparentados responde a la necesidad de una mejor defensa en la guerra, en regiones de severa escasez de recursos, y, por eso mismo, de frecuentes enfrentamientos bélicos con los vecinos. En tales sociedades, que suelen presentar una acusada dicotomía doméstico-público, los varones acaparan el poder y el prestigio.

La región de las tierras altas de Papúa-Nueva Guinea, de población densa y con una fuerte presión por los escasos recursos, ejemplifica a la perfección la desigualdad de género en sociedades de horticultores patrilineales y patrilocales. Las mujeres cocinan, crían los cerdos y cultivan las tierras a destajo, pero permanecen alejadas del ámbito público, que dominan los hombres. Mujeres y hombres no solo viven en mundos apartados, sino que incluso se evitan. Los hombres temen cualquier contacto femenino, in-

cluso el sexual, pues dan por cierto que los debilita y contamina. Viven agrupados en casas masculinas, retrasan el matrimonio y algunos permanecen célibes toda la vida. En cambio, en las áreas poco pobladas de Papúa-Nueva Guinea, ningún tabú dificulta el acercamiento entre hombres y mujeres, que comparten casa y mantienen tasas de reproducción elevadas.

Uno de los ejemplos más extremos del antagonismo de género en Papúa-Nueva Guinea procede de los etoro, que viven de la caza y la horticultura. Los etoro ilustran también la influencia de la cultura en el modelado de la sexualidad humana. Las opiniones etoro sobre la sexualidad están vinculadas a sus creencias sobre el ciclo de nacimiento, crecimiento, madurez, vejez y muerte. Los hombres etoro creen que su vigor se concentra en el semen, del que disponen de una cantidad limitada, por lo que deben restringir la actividad sexual. Y creen también que el semen le proporciona fuerza vital al feto, colocado dentro de la mujer por un espíritu ancestral. Por lo tanto, consideran las relaciones sexuales con la esposa como un sacrificio, necesario y desagradable, que los conduce a la muerte. De ahí que eviten las relaciones heterosexuales no imprescindibles para la reproducción y que vean en las mujeres ávidas de sexo brujas peligrosas para la salud. La cultura etoro autoriza las relaciones heterosexuales solo unos cien días al año. La concentración estacional de los nacimientos demuestra que el tabú se cumple.

Los etoro juzgan contaminante la cópula heterosexual, hasta tal punto que debe realizarse lejos de las viviendas y las fincas, en la selva, donde por lo demás resulta arriesgada debido a las serpientes venenosas, que —según suponen— se sienten atraídas por el olor del sexo.

Por otra parte, los etoro sostienen que los chavales no producen por sí mismos el semen y, por lo tanto, para convertirse en hombres y poseer la fuerza vital con que algún día alimentarán a sus hijos, deben adquirirlo de los adultos. Y lo adquieren mediante felaciones. Desde los diez años hasta la mayoría de edad, son inseminados por los hombres mayores. Este comportamiento entre personas del mismo sexo no está sometido a ningún tabú que lo aleje de las viviendas y los huertos.

En las sociedades de agricultores, la mujer pierde el papel de cultivadora principal. Ciertas técnicas agrícolas, en particular el arado de las tierras, quedaron en manos de los hombres debido a su mayor fuerza física. La agricultura alejó a las mujeres de la producción por primera vez en la historia de la humanidad. Y las relegó al cuidado de los hijos, más numerosos que en las sociedades preagrícolas, y al trabajo doméstico, menos valorado que el masculino. Además, la agricultura favoreció la descendencia patrilineal y la residencia patrilocal, que perjudicaron a las mujeres, obligadas así a vivir con los parientes del marido y lejos de los propios.

El patriarcado conlleva mayor violencia de los hombres contra las mujeres, en especial si va unido a la guerra. En las sociedades patrilineales y patrilocales con conflictos bélicos casi permanentes, las mujeres sufren a menudo raptos, violaciones y asesinatos. Y, como se estima sobre todo el papel militar de los varones, se prefieren los hijos a las hijas.

En este contexto hemos de situar la sociedad tradicional europea, heredera de las técnicas agrícolas, de los roles de género y del sistema patriarcal de Grecia y Roma.